

Escritor, Docente, Investigador, Ensayista, Poeta, Periodista

RESPISO PARA UNA "MIRADA CRITICA": EL ADIOS A VISCA

Si Arturo Sergio Visca —fallecido ayer en nuestra ciudad, a los 78 años— hubiese podido elegir la ilustración gráfica para estas líneas con la que demos el adiós admirativo al viejo maestro, sin duda alguna hubiese elegido la caricatura de Arotza y no una foto común, pues en aquella, en la cotidiana fragua del periodismo que tanto amó, se le simboliza, con sus compañeros de toda la vida: la máquina de escribir y el cigarrillo.

Escritor, poeta, docente, académico, investigador literario y, por encima de todas las cosas, un crítico de excepción, lo suyo tuvo una impronta inconfundible, un dural fondo para revalorizar personajes, ahondar en el mensaje y en la psicología de los protagonistas y llegar de esa forma a lo que fue un objetivo sin claudicaciones en todo su existencia de duro trabajo y romántica bohemia del espíritu: el desenrañar las claves del ser, de la identidad nacional, de una memoria colectiva yacente en muchos casos en los anaqueles de las bibliotecas o en las colecciones periodísticas, y en el testimonio oral de los sobrevivientes.

Intelectual auténtico —con calle y bolche, auxiliares indispensables de su formación humanística, de su devoción cultural, del amor desbordante por los libros y todo material impreso que "valiese la pena" abordarlo — Visca era uno de los últimos representantes de aquella capitular generación del 45, que con sus sueños literarios se nucleaba en el antiguo "Café Metro" que ya no quedó, aquí que estaba en la rincón nada de Plaza de Cagancha.

ESA MIRADA CRITICA.
Ese "Metro", legendario donde Arturo Sergio empezó a escribir su "mirada crítica" —como después titularía uno de sus libros— sobre la narrativa uruguaya mientras compartía la rueda de camaradería y enriquecimiento cultural con Liber Falco, Juan Carlos Onetti, Pedro Picatillo, Gabrinita —el pintor de las niñas de mirada melancólica—, Carlos Maggi, Carlos Martínez Moreno y otros nombres que convocan a las más entrañables vivencias.

Notero infatigable, ensayista nato, fue en la crítica literaria —que abordó con un estilo tan personal que incluso no hubiese necesitado firmarla para que se las identificase como suyas— donde sentó gema una cátedra. Una trayectoria en sus vertientes, entre otros medios, tuvo una prolífica etapa en las páginas de El País como responsable de la sección "Artes y Letras", entre 1958 y 1960.

Esa vinculación con nuestro diario fue una etapa importantísima en su vida profesional y quizás también el destino que el último libro suyo lo publicara también aquí, en Ediciones de la Plaza, dentro de su Colección Testimonios. Ese volumen, salido este año de imprenta, se titula "Peco Espinola y otros ensayos" y fue el corolario de una obra tan vasta como valiosísima en el enfoque crítico con dimensión profunda, revalorizando esencias de la propia identidad nacional en un todo, sin saltos.

Visca —además de colaborador de infinidad de emprendimientos culturales en lo periodístico e institucional— fue impulsor entusiasta, a través

de sus celebrados prólogos, de la colección Clásicos Uruguayos. Tuvo una labor de primera línea en el Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional (que funcionó como poco, desde conocido a director de la propia institución madre) y con justicia rayó en él la presidencia de la Academia Nacional de Letras.

EL LEGADO DEL MAESTRO.
Sus libros y sus miles de trabajos periodísticos quedan como legado imborrable; entre los primeros, para citar algunos: "Un hombre y su mundo", "Tres narradores uruguayos" (Javier de Viana, Carlos Bayle, Juan José Morosoff), "Antología del Cuento Uruguayo" (seis tomos), "Conversando con Zum Felde", "Aspectos de la narrativa criollista", "Ensayo sobre literatura uruguaya", "Historia Oscura", "El teatro rioplatense, el murencio Eánchez", "La mirada crítica y otros ensayos", "Juan José Morosoff" hasta culminar con su última obra publicada hace pocos meses por "Ediciones de la Plaza".

La obra total de Visca —cuyos restos vienen siendo velados en el Páramo Taranco y recibirán sepultura a la hora 11 de hoy en el Cementerio Central— deberá inevitablemente ser recopilada puntualmente por todo lo que significa en cuanto a acervo cultural impositergable.

Mientras tanto, en el adios final al auténtico bohemo de las aulas, las redacciones, los libros, los manuscritos, el mate, el cigarrillo y la copa entre camaradas del alma, viene al recuerdo su retiro hogareño, de una suitería franciscana de la calle Dante Alighieri, donde el viejo maestro seguía creando sin pausas.

Así surge melancólicamente como el aún —desandando el tiempo— la pena de los compañeros aguarda como todas las noches en el viejo "Metro", hasta donde lepeban los recuerdos de los bandoneones y las guitarras del cercano "Café Ateneo".



Arturo Sergio Visca, por Arotza.